

SINTÉISIS HISTÓRICA DEL PARTIDO SOCIALISTA CHILENO DESDE LOS ORÍGENES HASTA 1970*

Santiago, julio de 1986

1. Antecedentes de la Conformación del Partido Socialista y de la República Socialista de los 12 días

La particularidad del Partido Socialista chileno queda de manifiesto desde sus orígenes. Sus diferencias con la trayectoria clásica del socialismo europeo e incluso con los socialismos europeizantes del Atlántico, principalmente, Argentina y Uruguay. Si se considera como antecedente al Partido Socialista Obrero (Recabarren) aparentemente la trayectoria habría sido similar a la de la generalidad del socialismo, su vinculación primera con el Partido Democrático y su implantación dentro del movimiento obrero y sindical, pero aún así llama la atención la carencia de figuras intelectuales pertenecientes a los estratos «cultos» de la sociedad. No aparecen en el Partido Socialista Obrero de Recabarren figuras equivalentes a las de un Justo o un Ingenieros en Argentina, o a la de un Frugone en Uruguay; el mismo Recabarren es un «intelectual obrero».

El clásico momento de la escisión socialista de los años 20, entre Partido Socialista y Partido Comunista, se resuelve en Chile por la adhesión masiva del Partido Socialista Obrero a la Tercera Internacional y el Partido Socialista sólo surgirá en 1933 como producto de fenómenos totalmente distintos.

Entre los elementos que permiten entender en parte estas «particularidades» se encuentra la vigencia que tiene el anarquismo en Chile, tanto entre los medios obreros como entre los medios intelectuales, especialmente universitarios y literarios.

No sería totalmente desacertado rastrear los orígenes del socialismo chileno más bien en la trayectoria del anarquismo que en la evolución del socialismo de orientación marxista. Evidentemente no todo se agota en esa dimensión, las particularidades de la evolución económica, social y política, chilena y latinoamericana constituyen elementos de clara importancia.

Uno de los elementos significativos será el de la evolución de los sectores medios. En el plano cultural hay tres hechos que resaltan, la llamada «polémica del centenario» (1910); la conformación de la «generación del 20» con su expresión en la FECH y su vinculación con el movimiento latinoamericanista que surge de la «reforma universitaria de Córdoba» de 1918; y la conformación de la nueva generación literaria que logra dar identidad cultural a los sectores medios y populares que aparecen en la escena político social chilena, aunque este movimiento trasciende los sectores medios y cuenta con figuras como las de Manuel Rojas, González Vera y muchas otras estrechamente vinculadas al ámbito popular.

La llamada «polémica del centenario», en donde las publicaciones de Encina, *Nuestra inferioridad económica*, Enrique Molina, Luis Galdames y, principalmente,

* Inédito.

el libro *Sinceridad*, de Alejandro Venegas (Dr. Valdés Canje), constituyen una fuerte crítica a la sociedad oligárquica chilena, poniendo de manifiesto la verdadera realidad del país. Los elementos de la crítica ahí contenidos serán parte del acervo de los sectores medios en su oposición a los grupos dominantes.

Con respecto a la reforma de Córdoba de 1918, se ha dicho –con razón– que es el origen de muchos de los partidos y movimientos políticos latinoamericanos, como el APRA, Acción Democrática y tantos otros. Varios temas son destacables, el de la conciencia latinoamericanista, el del papel renovador de la juventud y el de la necesidad de la alianza entre obreros y estudiantes que va a dar origen a la idea de la alianza entre sectores medios y obreros o entre trabajadores intelectuales y manuales, como se diría entonces.

El movimiento literario, que a menudo se expresa como bohemia, también tendrá un carácter de ruptura cultural con los patrones oligárquicos imperantes, una afirmación de identidad propia y la constitución de una identidad ideológica que se expresa en la noción de «pueblo» que será la contrapartida de la sociedad oligárquica imperante.

Pero claro está que no sólo de movimientos culturales se trata. Son de suma importancia las manifestaciones de descontento social que se manifiestan en las huelgas obreras del Norte o de Valparaíso, en amplios movimientos como los de 1905 (Asamblea de la alimentación) y las huelgas estudiantiles. La movilización política que significó el alessandrismo, tanto entre los sectores medios como en los sectores populares, y la posterior inestabilidad política, son hechos que merecerían ser cuidadosamente analizados por su influencia en el comportamiento de estos grupos. Se puede sumar a lo dicho, el impacto de la crisis, no sólo el de la crisis mundial de 1929 sino también la larga crisis de la economía salitrera chilena.

Todos estos factores y muchos otros, como por ejemplo el movimiento de los militares jóvenes de 1924 o la extraordinaria significación que alcanza el movimiento de los profesores durante la época, la sublevación de la escuadra en 1931, podrían contribuir a aclarar la paradoja de que en Chile se hubiese intentado una revolución socialista sin que existiera un Partido Socialista.

Difícil es pensar que la República Socialista, aún en sus efímeros 12 días, hubiera podido existir sin el concurso militar que significaba Marmaduke Grove, pero también es expresión del intenso conflicto político de esos momentos. La junta de gobierno está conformada por Eugenio Matte (socialista), Carlos Dávila y el general (r) Arturo Puga. El gabinete lo forman: Marmaduke Grove (socialista) ministro de Defensa; Alfredo Lagarrigue (socialista) ministerio de Hacienda; Eugenio González (socialista) ministerio de Educación; Luis Barriga (socialista) Relaciones exteriores y comercio; Pedro Fajardo (alessandrista) ministerio de Justicia; Víctor Navarrete (alessandrista) ministerio de Fomento; Carlos Alberto Martínez (socialista) Tierras y colonización; Nolasco Cárdenas (alessandrista) Agricultura; René Álvarez (davidilista) Trabajo; Óscar Cifuentes (socialista) Salubridad pública; Rolando Merino (socialista) Interior y Óscar Schnake (socialista) Secretario general de gobierno.

La proclama de instalación de la Junta y el programa que se propone son de interés, porque de algún modo quedan ahí señalados un conjunto de temas que conformarán durante un largo tiempo los principios básicos de la propuesta socialista chilena. Sus rasgos principales pueden resumirse en lo siguiente: 1) fuerte

crítica a las clases dominantes a la que se caracteriza como una **oligarquía al servicio** del capitalismo extranjero y no preocupada por las «necesidades colectivas de pueblo chileno»; 2) denuncia de la condición de miseria de los sectores **populares**; 3) fuerte crítica a la orientación económica liberal; y 4) denuncia del **predominio** del capitalismo extranjero en la economía nacional. Por consiguiente se propone como objetivos: 1) liberación económica del país respecto al capitalismo externo; 2) opción económica de orientación socialista y «nacionalista constructiva», economía nacional bajo control del Estado; 3) significativa importancia de la educación; 4) justicia social, expresada en el lema: alimentar al pueblo, vestir al pueblo y domiciliar al pueblo, lo que más tarde constituirá la popular consigna de «Pan, techo y abrigo».

2. 1932-1938. La Reconstrucción del Orden Político Nacional y la Consolidación del Partido Socialista

Si bien es cierto que la crisis del sistema político oligárquico puede datarse aproximadamente a partir de 1920, una serie de factores económicos agravaron la situación. Debe recordarse que el grueso de las entradas provenía de las exportaciones salitreras y que esta economía, en sus distintas manifestaciones, tanto productoras como financieras, aparecía estrechamente articulada al sistema económico inglés. Los efectos de la Primera Guerra Mundial fueron bastante graves; la invención del salitre sintético afectó las posibilidades de las exportaciones chilenas de salitre natural; la potencia inglesa había perdido significación en la Primera Guerra Mundial y empezaba a adquirirla –por lo menos en relación a Chile– la economía norteamericana. El desplazamiento de los ingleses por los norteamericanos era previsible a corto plazo, tanto en el campo financiero (desplazamiento de la banca Rothschild) como en su calidad de agente financiador del Estado.

Los problemas agudizaron las tensiones entre las distintas clases y grupos sociales. Estas se expresaron de distinta manera entre 1920 y 1932, pero lo que conviene subrayar es que el conflicto político se torna complejo por el hecho de que también en este período se producen importantes cambios en la estructura social.

Al interior de los grupos altos, el sector agrario, que había sido uno de los elementos importantes de la coalición oligárquica, fue obviamente afectado por la crisis; lo mismo puede decirse de los sectores financieros; además, y vinculado a la caída de las importaciones, se fortalecía un incipiente sector industrial. La capacidad de permanencia de la dominación política de los sectores altos dependería de establecer nuevas alianzas, tanto externamente –relación con Estados Unidos en vez de Inglaterra– como internamente, es decir, rearticulación entre los distintos sectores de la «burguesía» y búsqueda de una alianza con los sectores medios.

Las elecciones presidenciales de 1932 dan cuenta del nuevo panorama. La primera mayoría la obtuvo Arturo Alessandri, apoyado por una coalición de liberales, radicales y demócratas (187.914 votos); la segunda mayoría, Marmaduke Grove, apoyado por la Nueva Acción Política, por diversos grupos socialistas y por una fracción disidente del PC, la Izquierda Comunista encabezada por Hidalgo, (60 856 votos); la tercera posición electoral la ocupó Héctor Rodríguez de la Sotta, del Partido Conservador (47 208 votos); el cuarto lugar Enrique Zañartu

Prieto, apoyado por sectores liberales y agrarios (42 885 votos) y el quinto lugar, Elías Lafferte, del PC (41218 votos).

Los hechos a destacar son: 1) el fraccionamiento político electoral de los grupos altos, en donde sólo uno de ellos construye una salida política viable en alianza con los sectores medios; 2) la significación que adquiere la opción socialista, expresada en la candidatura de Grove, que obtiene la primera mayoría en Santiago y Valparaíso, los dos lugares de mayor concentración urbana y 3) la escasa significación electoral del PC que hasta ese momento se identificaba con los sectores obreros.

Respecto a este último hecho es de señalar que la crisis –y especialmente la crisis salitrera– produjo una fuerte cesantía y migración de vastos contingentes obreros desde el norte minero a las ciudades del centro del país y estos sectores, al parecer, reorientaron su conducta política adhiriendo en parte significativa a la opción socialista.

La tensión política parecía haber encontrado cauces más institucionales donde expresarse, no obstante el grado de conflicto seguía siendo agudo. La derecha organizó las milicias republicanas, una de sus finalidades era evitar que los militares se sintiesen nuevamente tentados a intervenir en la política, pero además estaba constituida también para enfrentar los posibles desbordes «populares».

El mismo gobierno de Alessandri quiere presentarse como un gobierno de «orden» y no titubeó en tomar medidas drásticas en contra del movimiento sindical y del movimiento político opositor, recurriendo al expediente de las relegaciones por las que se vieron afectados, entre otros, Grove y Schnake, líderes del nuevo Partido Socialista.

Además, la política económica de gobierno estuvo claramente marcada por la orientación que le imprimió Gustavo Ross, el que aplicó drásticas medidas para enfrentar los efectos de la crisis, las que afectaron a los sectores medios y populares.

Otro hecho a destacar, en el contexto general de los años treinta, es la presencia del nazismo como movimiento político en Chile, lo que incorporaba un ingrediente de violencia organizada al conflicto social y al conflicto ideológico-político.

Tampoco las relaciones al interior de la izquierda –o más concretamente, las relaciones entre el Partido Socialista y el Partido Comunista– estaban exentas de conflicto. El PC chileno hacía suya la consigna internacional de «clase contra clase», lo que lo encerraba en una «política obrerista» y de fuerte conflicto con otras posiciones de izquierda, a las que se tildaba de factor de confusión y de introducción de desviaciones negativas en la política de la clase obrera. Esta posición sólo variará a partir de 1935, cuando el PC chileno hace suya la nueva orientación internacional que preconiza la formación del Frente Popular.

Los hechos brevemente reseñados contribuyen en gran parte a explicar el carácter del PS en el período y sus formulaciones ideológicas. El PS intentó aglutinar y expresar a un conjunto muy amplio y heterogéneo de sectores sociales, cuyo principio de unidad era la situación conflictiva frente al régimen y el tipo de dominación económico-social existente. En una declaración se establecía: «la base del Partido Socialista proviene de la clase obrera, de los sectores medios, campesinos pobres, pequeños agricultores, peones, obreros simples, obreros calificados, artesanos, profesores, técnicos, pequeños industriales, pequeños comerciantes,

universitarios, es decir los que viven de su trabajo, salario, jornal o **pequeña renta**». En la misma declaración también se señalaba «...no se viene a nuestro **partido** porque se sea intelectual u obrero, se viene porque se ha adquirido **conciencia** revolucionaria del actual momento histórico». En suma, el Partido Socialista, **más** que intentar ser la expresión política de una clase en particular, pretendía ser la expresión de una situación que se define como 'revolucionaria' y en la cual los más variados grupos podían participar.

El Partido Socialista aceptaba como método de interpretación de la realidad al marxismo, pero agregaba, cautamente, que esta interpretación era enriquecida por los aportes constantes del desarrollo de la ciencia, con lo cual no se encasillaba en dogmatismos demasiado rígidos. La oposición social que concebía como fundamental era la que se daba entre «clases poseedoras y clases trabajadoras», permitiendo esta última acepción la amplitud de reclutamiento a que ya se ha hecho referencia; el tipo de economía que se preconizaba era el de una «economía socializada», criterio que se oponía a una concepción liberal-individualista de la misma. Como expresión concreta del carácter social de la economía, se postulaba la opción de la planificación económica como forma de introducir racionalidad y objetivos «sociales» a las metas económicas. Claro está que la experiencia de la crisis y de la política seguida por el gobierno de Alessandri-Ross tenía fuerte incidencia en lo que se postulaba.

Otro elemento destacable de la propuesta socialista lo constituía su latinoamericanismo, rasgo que provenía de la influencia que ejerció el movimiento de reforma universitaria originado en Córdoba, Argentina –en 1918– y que permeó la conciencia de los jóvenes universitarios de la época, muchos de los cuales pasaron a ocupar posiciones de liderazgo en el Partido Socialista. El latinoamericanismo se reforzaba con una postura antiimperialista, dado que el imperialismo afectaba por igual a los países de la región. Del enfrentamiento al imperialismo se derivaba la noción de «independencia nacional», lo que permitía una propuesta que fuera más allá del puro interés de una clase, constituyéndose de ese modo un objetivo supra-clasista. La afirmación de un «interés nacional» (y latinoamericano) por una parte y la tajante oposición al sistema económico imperante, legitimaban el distanciamiento crítico respecto a las dos formas de expresión del socialismo a nivel mundial. A la socialdemocracia se le criticaba por su «conformismo» respecto a la dominación capitalista y al «comunismo soviético» se le criticaba el que actuara sólo en defensa exclusiva de los intereses de la URSS.

El programa del Partido Socialista postulaba con fuerza propuestas como la nacionalización de las fuentes de riqueza, expropiación del latifundio y reforma agraria y daba gran importancia al desarrollo de una política educacional. Esto último aparecía subrayado por la significativa presencia de personas **pertene**cientes al magisterio entre la militancia socialista. Incluso, quizás, a eso mismo puede ligarse el énfasis «laico» del PS, que enfrentaba el poder que la iglesia ejercía en el ámbito educacional.

La postura del PS frente a la democracia merece algunos comentarios. Existe ciertamente una desconfianza frente al régimen institucional existente, lo que en alguna medida se explica por el carácter represivo que en algunos momentos asumió (por ejemplo Ranquil y la Coruña), pero además se tenía dudas de la po-

sibilidad de una evolución democrática en sentido progresista; la existencia, por ejemplo, de las milicias republicanas, llevaba a considerar que las clases dominantes opondrían una resistencia organizada a toda posibilidad de transformación y cambio. De hecho, el contenido de la democratización propuesta por los socialistas tenía como centro una orientación anti-privilegios.

La propuesta de conformación del Frente Popular, formulada a fines de 1935, y uno de cuyos primeros pasos fue la creación de la Central de Trabajadores Chilenos (CTCH) en 1936, dio lugar a tensiones y polémicas entre el PS y otros grupos políticos y también al interior del propio PS. Muchos insistían en que la verdadera política del partido debería orientarse a la constitución de «la unidad de los desposeídos», por lo que una política de amplia alianza como el Frente Popular era vista en términos negativos. Otros se oponían al Frente Popular porque consideraban que era necesario «apurar la disolución del centro político», en ese momento representado por el Partido Radical, motejando de negativa la tendencia del centro a la búsqueda de compromisos que consideraban oportunistas.

Un tercer sector destacaba la necesidad de agrupar el máximo de fuerzas para enfrentar lo que se pensaba era el dominio de la oligarquía expresada, principalmente, en la previsible candidatura de Gustavo Ross. La última propuesta terminó, después de diversas circunstancias, imponiéndose, pero las otras dos permanecieron, incluso, como constantes de la política socialista, traspasando el momento en que se plantearon, y a menudo fueron esgrimidas como fundamentos críticos de los problemas que generaban las experiencias de alianzas amplias.

3. La Experiencia de Participación Gubernamental.

El Frente Popular (1939-1946)

Lo que cabe destacar, entre los distintos hechos que tienen lugar en la experiencia de participación socialista en los gobiernos del Frente Popular, es la tensión que se constituye entre la opción de transformación desde el gobierno y la opción de movilización de masas que, aprovechando la favorabilidad de la situación política, pusiera en práctica la realización de sus demandas. El tema de la «responsabilidad gubernamental» versus el «empuje de las masas» fue un conflicto no resuelto por el PS y, de algún modo, volverá a hacerse presente en otros momentos de la historia chilena, particularmente en el período 1970-1973.

En cierta medida, los problemas de la colaboración gubernamental quedan ejemplificados en hechos tales como la activa participación que cupo a los socialistas en la creación y desarrollo de la Corporación de Fomento (CORFO) y la indudable incidencia que esta institución tuvo en la promoción del desarrollo nacional. Algo similar puede decirse respecto a la formación de una política nacional de salud (ministerio de Salvador Allende) o de la política educacional. La otra cara de esta política positiva se manifestó, entre otros ejemplos, en la actitud frente a la sindicalización agraria. Como es sabido, los partidos que componían el Frente Popular acordaron no promover el desarrollo de la sindicalización campesina con el fin de evitar mayores conflictos con la oposición de derecha, pero **también** para evitar conflictos internos, especialmente con los sectores que dentro del Partido Radical aparecían vinculados a la propiedad agrícola.

Por otra parte, las relaciones con los otros partidos que formaban la **coalición de gobierno** distaban de ser muy fluidas. Por ejemplo, el Partido Comunista, **que no formaba parte del gabinete pero sí era una de las bases importantes del acuerdo político**, disputaba con el Partido Socialista el control y dirección de los sectores **obreros organizados**, de modo que a menudo se producían continuas fricciones entre **ambos partidos**. Las relaciones de conflicto se agudizaron por los problemas internacionales, **el pacto Molotov-Ribentrop suscrito entre la Unión Soviética y la Alemania nazi en 1939**, agriaba las relaciones entre los socialistas —que enfrentaban al nazismo criollo— y los comunistas que adherían incondicionalmente a la política internacional de la **URSS**.

Como se ha dicho, la experiencia de gobierno socialista suscitaba **problemas internos**. La crítica tomó cuerpo en el denominado «inconformismo» que se constituyó como tendencia al interior del partido. Estos denunciaban el «reformismo» del socialismo, la fuerte orientación burocrática que adquirían los cuadros dirigentes y el «apetito burocrático» que empezaba a caracterizar a gran parte de la militancia cuyo objetivo era poder participar de las prebendas que significaba la participación en el gobierno. El «inconformismo» también denunciaba «el control del partido por los burócratas», impidiendo de esta manera que se desarrollara una política más autónoma para los sectores populares y menos dependiente de las restricciones que imponía la responsabilidad y colaboración gubernamentales.

El sector que defendía la participación en el gobierno y al cual se le tildaba de «colaboracionista», argumentaba que si bien era cierto que no todos los objetivos del partido se conseguían a través de la participación gubernamental, no era menos cierto que la presencia socialista y la responsabilidad asumida —con los costos que eran inherentes— habían impedido el golpe de derecha, del cual el «ariostazo» (intento de golpe militar del general Ariosto Herrera al inicio del gobierno de Pedro Aguirre Cerda) había sido sólo una expresión visible. Lo que se aducía era que la «colaboración» socialista había salvado el régimen democrático y este era un indudable logro. Es de subrayar la existencia de este argumento. Como se hizo mención anteriormente, en sus inicios el **PS** había manifestado desconfianza respecto a las posibilidades que otorgaba un sistema democrático, concebido de la manera tradicional, para llevar a cabo procesos de cambio y transformación. Esta actitud se mantuvo en amplios sectores del partido, no obstante, otros estaban dispuestos a considerar como el mayor logro la preservación de dicho sistema.

Además de los problemas que planteaba la situación nacional, los temas internacionales contribuyeron a plantear renovaciones ideológicas al interior del **PS**. En el año 1940 tuvo lugar una interesante polémica que, de algún modo, revivía la confrontación entre el viejo tronco anarquista-libertario de muchos de los fundadores del partido y las concepciones más estrictamente marxistas. Augusto Pinto y E. Ballofet, entre otros, ambos de origen anarquista, plantearon que la guerra y la lucha contra el nazismo constituían una dimensión mundial de anti-autoritarismo, lo que implicaba que el socialismo debía hacer un **esfuerzo** de reafirmación del valor y significado de la libertad, lo que, a juicio de ellos, **no** estaba plenamente reivindicado en el marxismo y que incluso se expresaba en ciertos contenidos autoritarios del programa y de la propuesta socialista **chilena**. Como defensores de las posiciones más ortodoxas figuraron, entre otros, **Julio Barrenechea, Julio C. Jobet, Astolfo Tapia y Manuel E. Hubner**.

A esta polémica se sumó un hecho político de carácter más concreto. Óscar Schnake, uno de los principales dirigentes del *ps* y que había sido su secretario general desde la fundación hasta la incorporación al gobierno del Frente Popular, participó como representante del gobierno chileno en la Conferencia Interamericana de La Habana de julio de 1940, en donde contribuyó decididamente a la afirmación de la opción democrática y al rechazo al nazismo. Schnake visitó posteriormente Estados Unidos, cumpliendo una misión financiera de carácter oficial. Según todos los antecedentes, Schnake quedó favorablemente impresionado por la política del New Deal rooseveltiano, lo que incidió en un intento de reformulación de algunas orientaciones ideológicas del socialismo, en especial en lo que al tema de la democracia se refiere.

La posición de Schnake, favorable a la defensa de la democracia frente al nazismo, repercutió en un agudizamiento del conflicto con el Partido Comunista. La Unión Soviética aún mantenía el pacto Molotov-Ribentrop y las gestiones de Schnake se consideraban como un negativo alineamiento con el «imperialismo». Por otra parte, el Frente Popular no se atrevía a alinear decididamente al gobierno chileno en una política anti-Eje y prefería mantener una orientación de cierta neutralidad en el conflicto. A esta orientación no era ajena la presión de algunos grupos de la derecha en donde existían algunas simpatías por el Eje. Se argumentaba, además, que la neutralidad gubernamental hacía posible que el conflicto ideológico mundial no se expresara con virulencia en el país, introduciéndose de esta manera un factor más de tensión y conflicto.

El conflicto con el *pc* y las discrepancias con la orientación del gobierno (de mayoría radical) dieron pie a la política de Schnake de romper la alianza con el *pc* y de retirar al Partido Socialista de la coalición gubernamental. Las elecciones parlamentarias de 1941 incrementaron fuertemente la votación socialista y el partido, robustecido, reingresó al gobierno. Por lo demás, las condiciones internacionales habían cambiado, el ataque a la Unión Soviética por parte de Alemania hizo cambiar la posición de los partidos comunistas a nivel mundial y el *pc* chileno adoptó la nueva línea. Lo mismo sucedía con los otros partidos chilenos que trataban de acercarse más a la posición de Estados Unidos.

Como es sabido, la Segunda Guerra Mundial profundizó la necesidad de transformaciones internas en América Latina, que se venía manifestando desde la crisis de 1929.

En Chile estas transformaciones tuvieron fuerte desarrollo en los gobiernos del Frente Popular y se expresaron en procesos de urbanización, industrialización, desarrollo de infraestructura pública, crecimiento de los servicios estatales y desarrollo y modernización del aparato burocrático mismo. Junto a la transformación económica tenía lugar una importante transformación social y los distintos sectores sociales, especialmente sectores medios y obreros, no sólo adquirieron una fuerte presencia política sino que además aumentaron considerablemente la capacidad de sus organizaciones. La experiencia de gobierno de los socialistas, y los hechos a los cuales se ha hecho referencia, tuvieron como resultado la necesidad de que los socialistas no se conformaran sólo con propuestas de «programa socialista» y tuvieran que pronunciarse sobre temas mucho más contingentes o elaborar propuestas de mayor viabilidad.

Uno de los temas que preocuparon fue el de la transformación de la demo-

cracia institucional. Frente a la concepción de una democracia basada en **patrones** liberales clásicos y de corte individualista, se proponía la noción de **una democracia social** disciplinada y dirigida. El fundamento de la idea era que la **nueva** sociedad requería una economía dirigida, cuyo complemento fuese también **una** democracia dirigida. La democracia se concebía como una «democracia social», es decir, capaz de incorporar objetivos sustantivos a sus propuestas dejando de ser un sistema puramente formal-institucional.

Esto requería, a juicio de los socialistas, una reformulación del tipo de orientación y actividad de los partidos y especialmente del **ps**. El partido debía incorporar la idea de «responsabilidad de gobierno» y, por lo tanto, ampliar su acción más allá de la movilización de las demandas de un sector determinado para poder hacerse cargo de los problemas nacionales.

Tales propuestas fueron impulsadas, fundamentalmente, por Óscar Schnake, pero el desarrollo de los acontecimientos de algún modo impidió su maduración.

A la muerte de Pedro Aguirre Cerda lo sucedió en la Presidencia Juan Antonio Ríos, que amplió hacia la derecha política su base de apoyo, incluyendo a los liberales en el gabinete. Otro mecanismo al cual recurrió a menudo fue el de los «gabinetes técnicos», a los que se incorporaban connotados personajes de derecha en condición de «técnicos». Las nuevas tendencias que se expresaban en el gobierno agudizaron el descontento interno del **ps**. Schnake se alejó del partido y asumió un cargo de representación diplomática en el exterior, en tanto Marmaduke Grove pasó a adquirir el predominio en el liderazgo. De hecho, los cuadros dirigentes del partido ocupaban en su mayoría funciones burocráticas a nivel de gobierno, de modo que el conflicto se transformó en un enfrentamiento entre cuadros burocráticos estrechamente vinculados al régimen y sectores que querían recuperar al partido de sus errores, volviendo a ligarlo de manera más decisiva con la clase obrera, que, por su parte, ya mostraba signos de descontento con la situación general del país. El conflicto llegó a extremos graves, expulsándose a la casi totalidad de la dirección de la Federación Juvenil Socialista que trataba de expresar el «purismo» del partido.

La alternativa del Frente Popular pasó a ser fuertemente cuestionada y se plantearon opciones que tenían como objetivo la polarización del descontento social existente, tratando de construir –para tal objeto– un frente único con el **pc**.

El sector «colaboracionista» dirigido por el «grovismo» intentó dar respuestas de carácter populista, muchas veces despojadas de orientaciones ideológicas claras, pero la división del socialismo ya era inevitable. El breve interregno de Duhalde, a la muerte de Juan Antonio Ríos (1946), agudizó más los problemas y el socialismo, en franca crisis, quedó reducido en las elecciones presidenciales de 1946 a su más mínima expresión.

4. De la Crisis de la Experiencia del Frente Popular a la Recuperación de la Unidad

Las diversas tensiones que se generaron por la participación del **ps** en el **Frente Popular** se expresan no tan sólo en conflictos internos sino que se **manifiestan en** francas escisiones partidarias.

En mayo de 1940 gran parte del «inconformismo» se separó del PS y formó el Partido Socialista de Trabajadores, encabezado por César Godoy Urrutía (buena parte de ellos ingresaron más tarde al PC). En 1944, Marmaduke Grove formalizaba otra división formando el Partido Socialista Auténtico. Como ya se señaló, las elecciones presidenciales de 1946 reflejaron la fuerte crisis que sacudía al PS; la candidatura de Bernardo Ibáñez fue un esfuerzo casi desesperado por mantener una cierta imagen de existencia socialista.

No obstante, es de interés consignar que, en cierta medida, la crisis partidaria hizo posible el surgimiento de una nueva generación de dirigentes, que –a partir de ese momento– gravitarían decididamente en la orientación política del socialismo chileno, entre otros, Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez, Salomón Corvalán, T. Chadwick.

En los inicios del gobierno de Gabriel González Videla los conflictos entre el PS y el PC, que en esos momentos eran miembros del gobierno, se agravaron y no estuvieron ausentes hechos de violencia física. Pero los problemas no sólo eran externos, la discusión interna seguía siendo fuerte y aguda. Un esfuerzo por superar los problemas lo constituyó la elaboración del programa de 1947, a cuya fundamentación teórica contribuyó decisivamente Eugenio González. Se perfiló en esa fundamentación, con gran claridad, el contenido humanista de la propuesta socialista y la importancia cultural del socialismo como movimiento histórico. La postura anticapitalista señalaba la deshumanización que el capitalismo implica, pero al mismo tiempo se enfatizaba la transformación burocrática y autoritaria de modelo soviético. Recogía la vocación latinoamericanista del partido en una propuesta de acción común de los países de la región y se señalaba para Chile la necesidad de compatibilizar su desarrollo político, social y cultural –que se reconocía– con la necesidad de un desarrollo económico vigoroso al servicio de las mayorías. La propuesta programática recuperó un sentido de identidad para los socialistas, el que había sido puesto en peligro por todos los acontecimientos anteriores, pero, a pesar de ello, no pudo evitar el desarrollo de los conflictos internos que se agudizaron debido a cambios en la política nacional e internacional.

La coalición radical-comunista, con que se había iniciado el gobierno de Gabriel González, a poco andar, fue ampliada, incorporando a los liberales. Poco más tarde, el Partido Comunista era excluido del gobierno y se incorporaba a los conservadores. La tensión con los aliados de ayer, el PC, se agudizaba y se manifestaba en huelgas y enfrentamientos al gobierno. Sectores socialistas encabezados por B. Ibáñez y J.B. Rosetti, apoyados por dirigentes sindicales, propugnaban la colaboración con el nuevo esquema político; la CTCH se escindió en un sector que reconocía el liderazgo comunista (Bernardo Araya) y otro de liderazgo socialista (Bernardo Ibáñez).

El partido intentó conformar una nueva coalición con la Falange, el Partido Radical Democrático y los Agrario Laboristas, tratando de introducir otra dimensión en la política nacional, no obstante los acontecimientos se precipitaban. La política internacional había entrado por los cauces de la Guerra Fría, lo que dio mayor fuerza a la opción anticomunista del gobierno de Gabriel González V., que en 1948 promulgó la Ley de Defensa de la Democracia que hacía posible la re-

presión política del PC, la que más tarde, de hecho, se hizo extensiva a todo aquel que manifestara descontento con la situación imperante, afectando a sectores de variadas tendencias y, obviamente, entre ellos a los socialistas.

La Ley de Defensa de la Democracia y el anticomunismo provocaron la división socialista. El grupo de Rosetti, Ibáñez y otros optaron por apoyar la política de Gabriel González y colaboraron ministerialmente con el gobierno. El partido se escindió y el sector «colaboracionista» mantuvo el nombre de Partido Socialista de Chile (por decisión judicial); el sector que rechazó tal alternativa adoptó el nombre de Partido Socialista Popular. Fue en este último sector donde se inició un difícil pero fructuoso proceso de recuperación socialista. No obstante, los problemas volvieron a agravarse cuando se hubo de optar entre las distintas alternativas presidenciales de 1952.

La estructura de la sociedad chilena, a raíz de las transformaciones experimentadas durante la Segunda Guerra Mundial y los años inmediatamente posteriores, había conocido un significativo avance de su proceso de industrialización y un fuerte grado de desarrollo urbano, lo que se manifestó por una creciente migración desde las áreas rurales hacia las urbanas. Los partidos políticos tradicionales no fueron capaces de dar respuesta adecuada a las transformaciones que se habían producido. De algún modo la nueva situación se expresó en el abigarrado movimiento que recibió el nombre de ibañismo. En él aparecían entremezcladas nuevas y viejas figuras políticas, el sentimiento de variados grupos de sectores medios, artesanos, pequeños funcionarios, pequeños comerciantes, personas que buscaban un cierto reconocimiento social y otros que temían perderlo, las mujeres irrumpían en la política y un hecho profundamente novedoso lo constituía la presencia de los «pobladores» o «marginales» que mostraban en el movimiento popular una faceta distinta a la clásica «clase obrera organizada». Los contenidos ideológicos eran extraordinariamente abigarrados, predominaba un rechazo al sistema político-partidario vigente, adhesiones de tipo carismático respecto al líder del movimiento, aspectos de tradicionalismo autoritario y un tono general que, por lo menos en la apariencia, lo asimilaba a otras experiencias conocidas como «populismo latinoamericano», particularmente al peronismo argentino.

El Partido Socialista Popular decidió adherir a este movimiento, pero importantes figuras —entre otras Salvador Allende— rechazaron esta alternativa para ingresar al PSCH generando, a la vez, un cambio en la orientación de éste. El PSCH constituyó una alianza con el PC y levantaron la alternativa de la candidatura de Salvador Allende.

La fuerza del movimiento que expresaba el ibañismo se manifestó en una aplastante victoria electoral. Ibáñez obtuvo aproximadamente el 48% de los votos, estando muy próximo a alcanzar la mayoría absoluta.

La participación del PSP en el gobierno de Ibáñez fue de corta duración, no obstante, es posible señalar que tuvieron lugar una serie de hechos de gran significación. Indudablemente el ibañismo significó un fuerte proceso de movilización popular, esto permitió al Partido Socialista reencontrar una nueva inserción de masas que los anteriores acontecimientos reseñados casi le habían hecho perder; por otra parte, el movimiento sindical —en su conjunto— recuperó su unidad constituyendo la Central Única de Trabajadores (CUT) en la que participaron las dis-

tintas corrientes ideológicas y tendieron a agruparse tanto el sindicalismo obrero como el de empleados. El cuadro político se reformuló; el Agrario Laborismo, que había surgido como gran partido del ibañismo, desplazó al Partido Radical pero no fue capaz de consolidarse de manera estable; poco más tarde, fusionados con la ex Falange, darían origen a la Democracia Cristiana, cuya gravitación política en el futuro sería decisiva.

En relación al Partido Socialista, quizás lo más importante era la valorización que hacía de los movimientos populares latinoamericanos. La revolución guatemalteca (1944-1954), la revolución boliviana de 1952, el apoyo de masas y sindical que tenía el peronismo, fueron motivo de reflexión socialista y el contenido nacionalista de los mismos reafirmaba la significación de este tema en una propuesta socialista latinoamericana. El argumento que se esgrimía, claramente expresado en el libro de O. Weiss, *Nacionalismo y socialismo en América Latina*, señalaba que este tipo de movimiento –casi inevitable en la región– constituía la mayor posibilidad de cambio existente. Su destino, no obstante, dependería de que la condición del mismo quedara entregado a fuerzas «burguesas» o «pequeño-burguesas», en cuyo caso se frustrarían, o que la conducción quedase en manos de fuerzas de clara orientación socialista, garantía de su continuidad «revolucionaria y transformadora».

En esta revalorización de los movimientos populistas y nacionalistas latinoamericanos incidía, además, el valor que se otorgaba a las experiencias de descolonización que se producían, al nivel mundial, a partir de la Segunda Guerra Mundial. El partido participó en la Segunda conferencia socialista asiática (1956) y con anterioridad tomó contacto con la Liga de los comunistas yugoeslavos (1955). Lo mismo se hizo con los movimientos anticolonialistas y de liberación nacional africanos, en especial con el movimiento argelino. Todas estas relaciones lo sensibilizaron a una postura de corte «tercer mundista», que en aquel momento aparecía como una opción anticapitalista, pero no subordinada al movimiento comunista liderado por la Unión Soviética. La influencia ejercida por la experiencia yugoeslava fue de extraordinaria importancia, aparecía este como un socialismo autónomo y original, el tema de la autogestión, como forma de organización económica, parecía indicar una salida novedosa a los riesgos de desviación burocrática de un socialismo en donde el Estado tuviese un control excesivo de la orientación de la economía.

La sensibilidad político-ideológica a los fenómenos latinoamericanos y mundiales aludidos, como también las últimas experiencias nacionales, se tradujeron en orientaciones respecto a la política chilena. Una de ellas fue la lucha contra el centro político, que se seguía personificando en el Partido Radical. Si la opción era la de un gran movimiento nacional y popular, debía asegurarse que la conducción de este no quedara en manos de la «burguesía y pequeña burguesía», incapaces –a juicio de los socialistas– de romper con el imperialismo y las fuerzas oligárquicas internas, y fuera asumido por una dirección socialista. Al mismo tiempo se establecía una pugna ideológica al interior de la izquierda y muy especialmente con el PC. Este último preconizaba una política de Frente de Liberación Nacional, de contenido antiimperialista y capaz de promover transformaciones, especialmente en el agro «semi-feudal». Para tal efecto, el arco de alianzas debía

ser amplio, incorporando en él a la «burguesía progresista», a la que se suponía con contradicciones con el imperialismo y con los grupos oligárquicos retardatarios. El Partido Socialista preconizaba la política de «Frente de Trabajadores», que reconocía la necesidad de las tareas de la denominada «revolución democrática burguesa»: desarrollo, autonomía nacional, industrialización, reforma agraria, etc., pero señalaba que la particularidad de América Latina –y de Chile– estaba en que tales objetivos no serían cumplidos por la «burguesía», puesto que esta era dependiente del imperialismo y aliada de la oligarquía local.

Sin embargo, a pesar de las diferencias, se aumentaron los contactos con el PC y otros grupos para conformar un frente político de los sectores populares. Esto fructificó con la formación del Frente de Acción Popular –FRAP– en marzo de 1956. (Las relaciones con el PC se vieron mejoradas por la incidencia que tuvo el XX Congreso del PCUS en 1956 y la consiguiente denuncia del estalinismo).

Al interior del FRAP participaba el sector socialista que recibía el nombre de Partido Socialista de Chile, pero, dados los nuevos acontecimientos, se agilizaron los contactos entre el PSP y el PSCH con el fin de promover la unidad entre los dos sectores del socialismo. Esta se lograría en 1957.

5. Los Elementos Ideológicos del Socialismo Unificado

En 1958 el Partido Socialista se encontraba ya unificado y enfrentó las elecciones presidenciales postulando la candidatura de Salvador Allende en una alianza política, el FRAP, que de hecho excluía un papel de importancia de los partidos del centro político. La elección del 58 ubicó a las fuerzas de izquierda como segunda fuerza electoral, siendo quizás el hecho decisivo la división del centro político en dos candidaturas, una expresión del Partido Radical y la otra de la Democracia Cristiana. Hacia adelante parecía constituirse una polarización política entre derecha e izquierda, o por lo menos así lo pensaban muchos socialistas e intentaban actuar en ese sentido. Las notas dominantes hasta 1964, aproximadamente, están dadas en el pensamiento socialista por una acentuación de las posturas de tipo marxista, aunque no se pretende transformarlo en un dogmatismo cerrado, aduciéndose que la particularidad de la situación latinoamericana obliga a interpretaciones novedosas dentro de un esquema general. Es notoria también la influencia de una temática que intenta comprender las intrincadas relaciones que se producen entre situaciones de desarrollo y de subdesarrollo y la propuesta socialista tiende a ser, en lo fundamental, una proposición de estrategia para impulsar el desarrollo. En el campo internacional el PS rechaza la idea de la confrontación entre «campo socialista» y «campo capitalista», lo que, a su juicio, reduce peligrosamente la contraposición capitalismo-socialismo a un enfrentamiento entre bloques militares que subordinaría, negativamente, las posibilidades transformadoras –en el orden mundial– que se derivarían del proceso de liberación de sectores y países no necesariamente implicados en ese enfrentamiento. Se postulaba que sólo la superación de una política de enfrentamiento de bloques haría posible el desarrollo de una situación de paz mundial favorable a las transformaciones progresistas que se requerían.

Las diferencias respecto al carácter de los procesos de transformación latinoamericanos y chilenos, como también respecto al carácter del enfrentamiento

internacional, separaban nítidamente las posturas del PC y del PS chilenos, no obstante, la unidad política se mantenía y a pesar de los conflictos se reforzaba.

Como se ha dicho, los socialistas aparecían fuertemente sensibilizados por los procesos de movilización popular que tenían lugar en los países del Tercer Mundo, por consiguiente, es de interés consignar el modo con que elaboraron su postura frente al «carácter de la revolución latinoamericana» y la concepción que tuvieron de la posible «revolución chilena».

Rechazaban la idea de una imposición arbitraria de una «opción socialista» lo que —dada la particular situación de las mayorías populares latinoamericanas— habría significado una imposición autoritaria. La revolución que se preconizaba era «ni burguesa ni socialista» *estricto sensu*. Muchas de las tareas de la revolución burguesa, como la consolidación del Estado nacional, la transformación agraria, el máximo desarrollo de las fuerzas productivas, el progreso científico técnico, el desarrollo industrial, eran objetivos vigentes en la mayor parte de los países latinoamericanos, pero estos objetivos tendrían que conseguirse con la movilización de fuerzas sociales distintas de la burguesía, porque esta, por su dependencia, carecía de impulso creador y había perdido su individualidad careciendo por ende, de un papel histórico significativo.

Pero tampoco la revolución latinoamericana sería una revolución integralmente socialista y se aludía al hecho de que las condiciones de subdesarrollo, y principalmente el atraso estructural, hacían imposible aun las formas de producción y de vida que implica el socialismo. Era necesario, entonces, crear previamente las condiciones que hicieran posible el socialismo, acelerando el crecimiento de la economía y permitiendo su máxima expansión. Quienes pondrían en marcha tal proceso serían el conjunto de los «trabajadores». La opción política se concebía como «revolución democrática de los trabajadores».

Los objetivos principales se resumían en los siguientes puntos:

- Una revolución hacia el socialismo: en el sentido de crear las condiciones que, en el futuro inmediato, hicieran posible tal alternativa.
- Contenido antiimperialista: recuperación de las riquezas básicas que estaban bajo control externo.
- Carácter «anti-feudal»: con este término se hacía referencia al atraso de la estructura agraria y al predominio del latifundio. Se propiciaba su modificación cambiando el régimen de propiedad y de explotación de la tierra.
- Carácter clasista: se señalaba que la «clase trabajadora» (en otras partes ya se ha hecho referencia a la amplitud que se daba a este concepto) por no estar comprometida con el orden existente debía dirigir el proceso, buscando alianzas con otras fuerzas sociales (burguesas y pequeño-burguesas) no comprometidas con el imperialismo y la oligarquía, que pudieran insertarse en los planes del proceso de transformación.
- Carácter democrático: que se cumpliría en la ampliación de la soberanía popular y redefinición de la acción del Estado en función de las mayorías nacionales. La democracia se perfeccionaría en la medida en que el poder económico pasara de manos de las minorías nacionales y externas a manos de la comunidad.
- Carácter humano: se señalaba que el progreso alcanzable debería estar puesto fundamentalmente al servicio de la dignificación del hombre.

- **Carácter americano:** se propugnaba, no una simultaneidad de la «**revolución democrática de trabajadores**» para América Latina, pero sí un **proceso de integración económica** que hiciera posible una acción conjunta de los **países latinoamericanos**.

Se señalaba que el proceso no sería, necesariamente, conducido en **todos** los países latinoamericanos por «partidos socialistas», por lo que era **necesario** abrirse a la comprensión y apoyo de los distintos movimientos nacionalistas y de liberación que tenían lugar en el continente.

A partir de estos elementos se intentaba un diagnóstico de la sociedad chilena y una propuesta política. Se consideraban como elementos significativos de la estructura económica el atraso agrario, el carácter incipiente del sector industrial, especialmente el sector privado, su atraso técnico y escasa modernización como asimismo el carácter monopólico que en algunos sectores presentaba. El sector comercio aparecía hipertrofiado y la minería en su mayor parte en manos del capital extranjero.

A esa estructura económica correspondía una estructura social, cuyos rasgos eran la existencia de un campesinado pauperizado, los pequeños propietarios y arrendatarios agrícolas también estaban sometidos a una situación de pobreza y subordinados a los grandes propietarios. Los latifundistas y empresarios agrícolas orientaban sus utilidades a inversiones especulativas o a otras actividades económicas distintas de la agraria.

El desarrollo industrial y minero había generado un proletariado cuya capacidad de organización se valoraba positivamente. No obstante, el empresariado tendía a la especulación y a ligarse con el imperialismo extranjero, vinculándose a la banca, al comercio y a las inversiones en bienes raíces. Se consideraba que los grupos verdaderamente «capitalistas» aún eran demasiado escasos y débiles. A la pequeña burguesía y sectores medios se le reconocía su importancia cuantitativa, pero se postulaba que su propia heterogeneidad les hacía difícil asumir un papel de conducción en los procesos de cambio, tanto de la estructura económica como social.

El sistema político chileno, expresado en los distintos partidos, se consideraba representativo de los diversos intereses que cada uno de esos grupos significaba, pero, de hecho, estaba diseñado para dificultar la expresión de las fuerzas progresistas representadas por los «trabajadores». Se consideraba que «los vicios políticos y administrativos, la anarquía sostenida en materia de ordenamiento económico, la vacilación y entreguismo que caracterizan nuestra política internacional y la actitud represiva en el orden gremial» eran aspectos constitutivos de la política existente.

Se subrayaba, entonces, la necesidad de impulsar un vigoroso crecimiento económico, para lo cual era necesario transformar la estructura existente y generar una fuerza política capaz de superar la «incapacidad» de los grupos sociales hasta ese momento privilegiados. La propuesta alternativa se constituía a través de: a) Un programa de planificación del desarrollo económico que modificara la propiedad de la tierra, actuara contra los monopolios, constituyera un sistema tributario progresivo, orientara la inversión en términos de las necesidades más urgentes, diversificara la producción, controlara el crédito, permitiera el control del Estado del comercio externo y propiciara el rescate de las riquezas básicas

en manos extranjeras. b) Una modificación de la política internacional que propendiera a la integración latinoamericana. c) Una política de trabajo y previsión social que, a través de una política de remuneraciones, mejorara la situación de los más desfavorecidos, generando además, un sistema de seguro social y colectivo opuesto a las pautas de seguro privado e individual. d) En el orden político, derogación de toda legislación represiva, ampliación de la base democrática del Estado (extensión del derecho de sufragio) y garantía constitucional de los derechos sociales.

La propuesta ideológico-programática, que con alguna extensión hemos consignado, constituyó un elemento de identidad del PS e influyó en las formulaciones generales de la izquierda, no obstante, la agudización del conflicto político nacional y la influencia en América Latina de la Revolución Cubana, exagerarían muchos de los planteamientos y versiones extremas aparecerían en el interior del PS lo que, indudablemente, tendría serias repercusiones en su conducta política concreta.

6. La Influencia de la Revolución Cubana y el Desafío de la Modernización Capitalista

La influencia de la revolución cubana empezó a manifestarse con fuerza al interior del PS y especialmente entre sus sectores más jóvenes. Al inicio de la revolución y hasta 1962, el proceso cubano parecía un fenómeno similar a los movimientos nacionalistas y populares latinoamericanos que siempre habían contado con las simpatías del PS. A partir de 1962 la revolución cubana se declaraba socialista, aunque aún existían expectativas de que su tipo de socialismo conformara una especie de «socialismo tercermundista» con un apego menor –o dicho de otra forma– con cierto grado de autonomía respecto al modelo soviético. Por otra parte, la simpatía socialista se legitimaba frente a la desconfianza inicial que los partidos comunistas en general, incluido el chileno, habían manifestado en los momentos de enfrentamiento de la guerrilla cubana –tanto rural como urbana– a Batista; en muchos casos el calificativo del PC fue que se trataba de una insurgencia que bordeaba peligrosamente el «aventurerismo pequeño-burgués».

Chile, en 1964, enfrentaba la proximidad de las elecciones presidenciales y la política de Estados Unidos, que había lanzado ya la Alianza para el Progreso como una fórmula de desarrollo y modernización capaz de contener los ímpetus de transformación que querían expresarse por vía revolucionaria. Estos hechos contribuían a polarizar las opciones políticas.

La revolución cubana no sólo actuaba como modelo de sociedad capaz de llevar a cabo un decidido proceso de transformación, sino que, también difundía toda una estrategia de toma de poder, que basada en el «foco guerrillero» y en la posibilidad de la insurgencia campesina se oponía a la idea de las opciones electorales como forma política para alcanzar el poder. El libro de Régis Debray, *Revolución en la revolución*, alcanzaría una extraordinaria difusión, creando una verdadera mitología de la revolución y generando dudas acerca del papel de sectores que antes se consideraban decisivos –como por ejemplo la clase obrera organizada, a las que en América Latina se atribuía situaciones de relativo

privilegio— respecto a marginales y campesinos que por tal condición se transformaban en la verdadera fuerza revolucionaria. El libro de Fanon, prologado por Sartre, *Los condenados de la tierra*, señalaba un fenómeno más o menos similar en el caso de Argelia. Ambos trabajos contribuyeron a una reformulación de las tradicionales posturas de los grupos de izquierda en América Latina e influyeron decididamente en los jóvenes. A principios de 1964 dirigentes juveniles socialistas, principalmente de Concepción —aunque también de Santiago— con la adhesión de ex comunistas y de grupos trotskistas, dieron origen al Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) lo que tuvo como consecuencia una agudización del izquierdismo en la izquierda política. Por lo demás, el fenómeno tenía también lugar a nivel continental. Rechazaron el «oportunismo electoral» de la izquierda y dieron prioridad a la formación de grupos capaces de llevar adelante «acciones directas».

A pesar de todo, la movilización político-electoral de la izquierda seguía siendo exitosa. Una elección complementaria en marzo de 1964 (Curicó) dio el triunfo a la izquierda frente a las candidaturas de la DC y de la derecha; esto generó una unidad alrededor de la postulación presidencial de la DC como forma de contener un posible triunfo de la izquierda, estrategia que en la elección presidencial tuvo éxito.

Dos efectos fueron casi inmediatamente visibles entre los socialistas: una fuerte desconfianza respecto a la posibilidad de obtener el poder por la vía electoral y, como correlato, el preconizar la vía «insurreccional» y la lucha armada; la acción política pasó a considerarse como un mecanismo de preparación de la insurrección.

El gobierno de la Democracia Cristiana inició y llevó a cabo una serie de transformaciones y modificaciones de la estructura económica y social chilena, entre otros, un programa de reforma agraria, de «chilenización del cobre», de modernización urbana y de modernización industrial y de organización de sectores populares que no se encontraban representados en las instituciones tradicionales. La modernización impulsada por la DC le generó conflictos con la derecha, pero no le granjeó las simpatías de la izquierda, especialmente de los socialistas. En el caso de estos últimos, se empezaron a notar las tensiones que incluso en su base social provocaba el «progresismo moderno de la DC». La heterogeneidad estructural, característica de la economía chilena, que no sólo es entre sectores, sino que también al interior de los mismos, se agudizaba en los primeros momentos de la modernización y el PS pasaba a ser expresivo de las tensiones y conflictos que la modernización generaba. Su tendencia fue agudizar las posiciones de izquierda, adherir a concepciones marxistas-leninistas y enfatizar una actitud crítica frente al comportamiento anterior del partido, en especial respecto a la experiencia del Frente Popular de 1938 en adelante; los problemas que este había suscitado se consideraban como la prueba fidedigna de los fracasos de una gestión «reformista» y se tendía a no valorizar lo que esta experiencia había significado para los sectores populares y la importancia que tenía en su memoria histórica. Las nuevas posiciones significaron conflictos internos y de estilos de conducción; Raúl Ampuero —que había jugado un papel de gran significación en la recuperación del socialismo a partir de 1944— junto

con otros militantes, fueron expulsados del partido en 1967 y dieron origen a la Unión Socialista Popular (USOPO).

También ocurrieron cambios en la posición ideológica internacional, en un primer momento el PS adhirió a la OLAS, agrupación de partidos con clara influencia cubana, y poco a poco abandonó su crítica al modelo soviético asumiendo que el conflicto internacional se daba fundamentalmente entre el «campo socialista y el campo capitalista», no obstante, el PS expresó su desacuerdo con la invasión de la URSS a Checoslovaquia. Por paradoja, la polémica con el PC chileno se mantenía, aunque lo que se enrostraba al PC era su «pacifismo» opuesto a las opciones más insurreccionales que el PS decía mantener.

El supuesto con que el PS actuaba era el del desgaste demócratacristiano en el gobierno, cumpliéndose de esta manera la vieja aspiración de la desaparición del centro político. Conjuntamente con ese desgaste, se suponía que se produciría el desgaste de la «ilusión democrática» haciendo posible la alternativa insurreccional y revolucionaria que el PS planteaba.

A los hechos reseñados, se sumaron cambios en el viejo Partido Radical, que pasó a postular posiciones de franca izquierda; además, una serie de escisiones se dieron en la DC y los grupos escindidos pasaron a engrosar la izquierda. El FRAP se reformuló y se constituyó la Unidad Popular, que enfrentaría las elecciones de 1970, pero con las fuertes tensiones que entre los socialistas se han señalado.